

El objetivo último de este libro minucioso, muy bien elaborado en la reconstrucción de la teología de sus cuatro personajes por referencia al monje agustino, es la búsqueda del Lutero histórico, y sorprende al lector con ese dato inesperado de simpatizantes católicos en aquella primera hora de la Reforma, dando cuenta así de la compleja realidad de aquel contexto histórico. Estos simpatizantes de Lutero lo son, ante todo, de su teología bíblica. Estos simpatizantes, que se mueven en el marco geográfico de la ciudad de Augsburgo, parecen estar lejos de su polémica antiescolástica y antirromana. Sorprende su escasa atención hacia los escritos luteranos de mordiente más reformista de 1520: *A la nobleza cristiana de la nación alemana*, *La cautividad babilónica de la Iglesia*, *Sobre la libertad cristiana*. A esos hombres les conmueven, sobre todo, los sermones o prédicas publicados en Augsburgo, donde aparece la figura del Lutero teólogo empeñado en la reforma de la cura pastoral.

Para Adelman, el monje de Wittenberg fue «nuestro Martín», para Amman, «nuestro Apóstol», para Bild, «el salvador de Alemania», para Haslach, «el heraldo de la Verdad evangélica» (p. 24). Resulta que no era necesario hacerse «luterano» para estar comprometido con la búsqueda sincera de la «Verdad evangélica». Ellos se sentían partícipes de un movimiento evangélico que aún no era «protestante». Seguramente, estos simpatizantes de Lutero no podían imaginar ni barruntar que estaba por venir una grave división de la Iglesia en Alemania.  
S. MADRIGAL

VILLAGRÁN, G., SJ., *Teología pública. Una voz para la Iglesia en sociedades plurales*, PPC, Madrid 2016, 153 pp. ISBN: 978-84-2883-063-8.

La relevancia social y política del discurso teológico se hace urgente en un mundo cada vez más desigual, más plural y más individualista. No solo, como decía Heidegger, porque «solo un Dios puede aún salvarnos» sino porque la dimensión religiosa puede darnos luz en los pasos que damos en esta tierra. Pero el hecho lacerante es que el lenguaje religioso y teológico se muestra cada vez más divorciado de la cultura y nos está llevando a lo devocional y a las capillitas teológicas o a las apelaciones vagas a la moralidad de buenas intenciones o de bellos ideales. Solo hace falta echar un vistazo a la mayoría de los títulos de las librerías y editoriales religiosas para tomar conciencia de ello.

La teología pública, que propone con acierto y claridad el profesor Gonzalo Villagrán, de la Facultad de Teología de Granada, sitúa en un primer plano la dimensión social de la fe desde una profunda articulación con el dogma cristiano (p. 5) siguiendo parcialmente la estela de la tradición de la teología de la liberación y la teología política del siglo XX. La teología pública busca una mayor significatividad en los temas sociales desde lo religioso en un discurso que quiere salir de los intramuros eclesiales para ofrecerse a la arena pública, a la plaza pública, con criterios comprensibles públicamente. Esta tarea implica

«un esfuerzo teológico por hablar públicamente en la sociedad plural» (p. 8), una participación en el debate social en sus propios términos de manera constructiva.

El libro se divide de manera clara en ocho capítulos. El primero aborda el contexto de incremento del pluralismo de nuestras sociedades y la consecuente privatización de la religión. Después de recordar el incremento del pluralismo en la ya plural sociedad norteamericana hace un análisis del pluralismo a nivel mundial recordando que el mayor pluralismo religioso se da en países asiáticos, que la mayoría de los países latinoamericanos tienen un pluralismo religioso bajo (intracristiano) y que en Europa el pluralismo se abre por el incremento del agnosticismo y de la presencia musulmana. El capítulo termina con unas reflexiones sobre el papel de la religión en lo público en el siglo XXI desde autores tan relevantes como J. Casanova (desprivatización), J. Habermas (imaginación y sentido) o E. Wilson (los falsos presupuestos del mito secularista).

El segundo capítulo describe de manera muy sistemática y clara los diferentes modelos de intermediación entre la fe, la revelación y las realidades sociales y sus diferencias con la teología pública. La ley natural, la teología de la liberación, la teología política, la Iglesia como comunidad alternativa. La claridad, a veces, sacrifica un poco la justicia en algunas valoraciones pero es comprensible en un texto introductorio como el que se ofrece. «Las teologías de la liberación y política hacen teologías confesionales dirigidas principalmente al interior de la comunidad cristiana con ánimo de transformarla» (p. 38).

El tercer capítulo aborda los orígenes en un sentido amplio de teología pública partiendo del debate en los años setenta del pasado siglo entre Martin Marty y Robert Bellah. En el desarrollo de esta teología pública aparecen muy diversos autores que no tienen en común una metodología teológica concreta sino un interés como teólogos «por dar forma a la relevancia pública y social de su reflexión teológica» (p. 45). Hay detrás de esta corriente una convicción que las cosas de Dios no son secretas ni mistericas sino una palabra para todos, que lo religioso y la teología responden a cuestiones e inquietudes que son universales y que son significativas para todo ser humano y que necesitamos reflexionar críticamente sobre el modo en que la teología es pública y sus repercusiones públicas. Al final del capítulo presenta la variante católica de la teología pública rescatando para nuestro público en español figuras tan importantes como John Courtney Murray, John Coleman, David Hollenbach. El capítulo cuarto se dedica íntegramente al pensamiento del sacerdote católico neoyorkino David Tracy como modelo paradigmático pues «todos los teólogos públicos del ámbito estadounidense se han inspirado en la posición de Tracy» (p. 54). La vocación a lo público de la teología se opone a la privatización de la religión que promueve el secularismo. Esta vocación de publicidad hace que la teología tenga siempre necesariamente tres públicos que atender: la Iglesia, la academia y la sociedad. Villagrán describe con acierto el peso del concepto de lo clásico (y clásico religioso) de Gadamer, el de situación humana de Tillich y el valor de la imaginación

analógica en el pensamiento de Tracy, así como un mayor peso en el modelo de correlación crítica de Tracy de la ambigüedad de la religión en la sociedad y la historia y la necesidad de cierto acercamiento crítico y de un mayor diálogo interreligioso.

El capítulo quinto y sexto quieren abrir el debate a un marco más amplio. El capítulo quinto analiza la relación entre teología pública y teología moral. Si la teología pública quiere ser una «teología práctica que escuche la realidad social en la que vive, dé respuesta a ella y tenga una influencia en la marcha de la sociedad» (p. 71) tiene objetivos semejantes a la teología moral y muchos de sus recursos pueden ayudarla. Lo más sugerente es la necesidad de cómo articular las cuatro fuentes (Escritura, Tradición, Razón, Experiencia) teniendo en cuenta su singularidad y sus límites. No es un tema fácil pero queda bien apuntado. El capítulo sexto ofrece las posibilidades de ciertas reflexiones filosóficas contemporáneas para la teología pública. Villagrán analiza las aportaciones de Gadamer y Habermas y añade como concreción la moral de la conciencia y la decisión de Paul Valadier, inspirada en los trabajos de Habermas y Nietzsche. Quizás alguna referencia a Paul Ricoeur y Charles Taylor hubiera enriquecido este capítulo aunque siempre es comprensible la necesaria selección de autores.

Los dos últimos capítulos abordan dos perspectivas importantes: los límites y la concreción. El capítulo séptimo señala las críticas a la teología pública: su olvido del problema de la identidad, su incapacidad para articular normas, ausencia de transformación social, vaguedad metodológica. Estas críticas son acogidas con hondura y respondidas con mesura desvelando así la honestidad del autor. El capítulo octavo describe brevemente diversos modelos de teología pública comenzando por el magisterio social de los obispos norteamericanos en los años ochenta, la teología de Kristin Heyer sobre la inmigración, la teología pública sudafricana postapartheid de De Villiers o el modelo de teología de Alfonso Álvarez Bolado en su crítica al nacional-catolicismo español.

El libro está muy bien escrito, es claro, sistemático, ponderado, propositivo y, sobre todo, necesario en este momento para el ámbito teológico de habla española. Agradecemos al profesor Villagrán el esfuerzo por acercarnos un modelo teológico poco conocido fuera del ámbito anglosajón y por ofrecer un camino de salida a una teología que en nuestro entorno ha perdido gran parte de su relevancia social por ignorar a fondo el pluralismo moral y religioso que nos circunda. JAVIER DE LA TORRE DÍAZ